

Tened, pues, á bien escucharme, merced al título que invoco.

El duque volvió el rostro y vió á su lado á un hombre que con sombrero en mano y orejas gachas pasaba á cada segundo por uno de los matices del arco iris.

— ¿Quién sois? — le preguntó el duque con muy mal humor.

— Nicolás Poulain, para serviros, monseñor.

— ¿Y queréis hablarme?

— Os pido esa gracia.

— Pues bien; no tengo tiempo para escucharos.

— ¿Ni para saber un secreto, monseñor?

— Ciento escucho diariamente, con el vuestro serían hoy ciento y uno, y por consiguiente sería uno de sobra.

— ¿Y aun cuando ese secreto interese á la vida de S. M.? — añadió Nicolás Poulain al oído del duque.

— ¡Cómo!... Sí, os oiré, — contestó éste: — venid, venid á mi gabinete.

Nicolás Poulain se enjugó la frente bañada en sudor, y siguió al duque.

—

X.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

Avdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

La revelación.

El señor de Eperón, al atravesar su antecámara, se dirigió á uno de los caballeros que allí hacían mansión,

— ¿Cómo os llamáis? — le preguntó.

— Pertinaz de Moncrabeau, monseñor, — respondió el caballero.

— Pues bien; colocaos á la puerta de mi habitación, y que nadie entre.

— Está bien, señor duque.

A

ca

— Nadie absolutamente, ¿entendéis?

— Perfectamente.

— Y el señor Pertinaz, que estaba suntuosamente vestido, y que andaba muy hueco con sus medias color de naranja, y su ropilla de raso azul, obedeció á la orden del señor de Eperón, y en su virtud se arrimó á la pared, y tomó posición, con los brazos cruzados, á lo largo de las colgaduras.

Nicolás Poulain siguió al duque hasta su gabinete, vió la puerta abrirse y cerrarse, luego tras ella caer la mampara, y comenzó á temblar seriamente.

— Veamos ya vuestra conspiración, señor mío, — le dijo el duque con sequedad, — pero que sea cosa buena, porque precisamente tengo hoy mil cosas que hacer á cual más agradable, y si pierdo el tiempo en escucharos, ¡pobre de vos!

— Señor duque, — repuso Nicolás Poulain, — se trata del crimen más espantoso...

— Bien, veamos ese crimen.

— Señor duque...

— Me quieren matar, ¿no es eso? — observó el señor de Eperón enderezándose como un espartano. — Enhorabuena; mi vida pertenece al rey, y pueden quitármela cuando quieran.

— No se trata de vos, monseñor,

— ¡Cómo! Me admira eso...

— Se trata del rey, á quien quieren arrebatár, señor duque.

— ¡Ah! ¡Todavía estamos en ese antiguo y maldito negocio de raptó! — dijo desdeñosamente de Eperón.

— Ahora va la cosa muy seria, si hemos de creer en apariencias.

— ¿Qué día es el que tienen designado para apoderarse de S. M.?

— El primero en que S. M. vaya á Vincennes en litera.

— ¿De qué modo?

— Matando á sus dos picadores.

— ¿Y quién ha de dar el golpe?

— Madama de Montpensier.

El duque soltó la carcajada, exclamando:

— ¡Pobre duquesita! ¡Qué cosas se le atribuyen!

— No tantas como proyecta, monseñor.

— ¿Y se ocupa de eso en Soissons?

— La duquesa está en París.

— ¡En París!

— Respondo de ello á monseñor.

— ¿La habéis visto?

— Sí.

— Es decir que habéis creído verla...

— He tenido el honor de hablarla.

— ¿El honor?

— Me he equivocado, señor duque; he querido decir da desgracia.

— Pero supongo, señor teniente del prebostazgo, que no será la duquesa precisamente la que se apodere del rey.

— Perdonad, monseñor.

— ¿Ella misma?

— En persona; pero, se entiende, acompañada de sus adictos.

— ¿Y desde dónde ha de presidir ese rapto?

— Desde una ventana del priorato de los Dominicos, situado, como sabéis, en el camino de Vincennes.

— ¿Qué diablos me estáis contando?

— La verdad, monseñor: están tomadas todas las medidas para detener la litera apenas llegue al frente de la fachada del convento.

— ¿Quién ha tomado esas medidas?

— ¡Ay!!!

— ¡Acabad con mil legiones de demonios!

— Yo, monseñor.

El duque dió un paso atrás.

— ¡Vos! ¡Es imposible! — exclamó al mismo tiempo que Poulain lanzaba un profundo suspiro.

— ¿Conque sois vos y venís á denunciar la trama?

— Monseñor, — murmuró el teniente del prebostazgo, — un buen servidor del rey debe arriesgarlo todo por él.

— En efecto, ¡ira de Dios! Lo cierto es que arriesgáis el pescuezo.

— Prefiero mi muerte al envilecimiento ó á la muerte del rey; por eso he venido á hablaros.

— Esos son muy buenos sentimientos, señor mío, y sin duda tenéis excelentes y poderosas razones para abrigarlos.

— He pensado, monseñor, que sois amigo del rey, que no me haréis traición, y que haréis que nos aproveche á todos la revelación que acabáis de oír.

El duque examinó con minuciosa atención á Nicolás Poulain y procuró escudriñar detenidamente las facciones de su pálido rostro.

— Algo más debe haber, — dijo en seguida, — porque la duquesita de Montpensier, por atrevida que sea, no osaría intentar sola empresa semejante.

— Espera á su hermano, — respondió Poulain.

— ¡Al duque Enrique!!! — exclamó el favorito con el mismo terror que hubiera experimentado al acercársele un león.

— No, monseñor; al duque de Mayenne.

— ¡Ah! — repuso de Epernón respirando; — mas no importa; es preciso prevenir todos esos proyectos.

— Sin duda, monseñor, y por eso me he dado prisa en avisaros.

— Si habéis dicho la verdad, señor teniente, seréis recompensado.

— ¡Y por qué había de mentir, monseñor? ¿No como el pan del rey? ¿No le debo mis servicios? Iré pues á su presencia; si vos no me creéis, os lo prevengo, y moriré también, si es necesario, en testimonio de mis palabras.

— ¡No, por todos los diablos del infierno! no iréis vos á la presencia del rey. ¿Me habéis comprendido, maese Nicolás? Conmigo debéis entenderos.

— Sea así, monseñor; sólo he dicho eso por haberme parecido que dudabais.

— No, no dudo, y desde luego os debo mil escudos.

— ¿Desea monseñor saber sólo el secreto?

— Sí; tengo emulación, tengo celo y quiero el secreto para mí solo. Me lo cedéis, ¿no es verdad?

— Sí, monseñor.

— ¿Con la garantía de que es un secreto verdadero?

— Sí por cierto; con la garantía que queráis.

— Contad, pues, con mil escudos, sin otras recompensas para más adelante.

— Tengo familia, monseñor.

— Ya, ya, pero al cabo, ¡con mil demonios! mil escudos...

— Y si en Lorena llegan á saber que he hecho semejante revelación, estoy seguro de que cada palabra que he pronunciado me costará media azumbre de sangre.

— ¡Pobrecillo!

— Es, pues, preciso que, si llega á aconteceme una desgracia, pueda vivir mi familia.

— ¿Y qué?

— Que esa es la razón que me impele á aceptar los mil escudos.

— Reniego de la explicación. ¿Qué diablos me importa el motivo que os induce á aceptarlos, supuesto que no los rehusáis? El hecho es que los mil escudos son vuestros.

— Gracias, monseñor.

Y al ver que el duque se acercaba á un cofre, en el cual metió la mano, Poulain se adelantó detrás de él.

Pero el duque se contentó con sacar del cofre un librito, en el cual escribió con gigantesca y endiablada letra:

« *Tres mil libras á maese Nicolás Poulain.* »

De modo que era difícil averiguar si había dado efectivamente las tres mil libras ó si las debía.

— Esto es lo mismo que si las tuvieseis en vuestro poder, — dijo á Poulain.

Éste, que había alargado la mano y la pierna, retiró ambos miembros, lo cual equivalía á un saludo.

— ¿Conque es cosa convenida? — le preguntó el duque.

— ¿En qué hemos convenido, monseñor?

— En que seguiréis instruyéndome de todo.

Poulain vaciló, porque se le encargaba el oficio de espía.

— ¿Qué es eso? — añadió de Epernon. — ¡Se ha desvanecido ya esa adhesión sin límites!

— No, monseñor.

— ¿Luego puedo contar con vos?

Poulain hizo un esfuerzo y contestó:

— Podéis contar conmigo.

— Bajo el supuesto de que soy el único que lo sabe.

— El único, monseñor,

— Perfectamente; retiraos ya. ¡Ah! Que tengas cuidado con lo que hace el señor de Mayenne ¡por vida de Brios!

Pronunció estas últimas palabras al mismo tiempo que levantaba la mampara para que saliese Poulain: cuando vió á éste atravesar la antecámara y desaparecer, se dirigió al cuarto del rey.

Cansado Enrique III de entretenerse con sus perros, jugaba á la sazón al boliche.

El duque de Epernon se presentó con aire som-

su importante diversión, no hizo alto en el semblante del favorito.

Sin embargo, al notar que éste guardaba obstinado silencio, levantó la cabeza y fijó en él una mirada penetrante.

— ¿Qué tenemos de nuevo, Lavalette? — le preguntó. — ¿Has muerto por ventura?

— ¡Olajá, señor! — respondió de Eperón, — pues no vería lo que estoy viendo.

— ¡Qué! ¿Mi boliche?

— Señor, en los grandes peligros un súbdito fiel puede alarmarse hasta por la seguridad de su amo.

— ¿Todavía peligros? ¿Llévete, duque, el diablo más negro del infierno!

Y al decir esto, ensartó con admirable destreza la punta del boliche en el agujero de la bola de marfil.

— ¿Conque ignoráis lo que pasa? — le preguntó el duque.

— Puede suceder que lo ignore, — contestó el rey.

— Señor, señor, en este instante os halláis cercado de vuestros más crueles enemigos.

— ¡Bah! ¿Quiénes son?

— En primer lugar, la duquesa de Montpensier.

— ¡Ah! sí; es cierto; ayer estaba en la plaza, cuando descuartizaban á Salcedo.

— V. M. dice eso de un modo...

— ¿Y qué me importa?

— ¿Conque lo sabiais?

— Si no lo supiera no lo diría.

— ¿Y estáis enterado de que debe llegar el señor de Mayenne?

— Desde anoche.

— ¡Cómo! ¿Ese secreto! — exclamó el duque con desagradable sorpresa.

— ¿Hay por ventura secretos para el rey? — replicó Enrique.

— Pero ¿quién ha podido instruiros?

— ¿Ignoras que nosotros los principes tenemos revelaciones?

— Ó, por mejor decir, una policía.

— Lo mismo es.

— ¡Ah! ¿Conque V. M. tiene su policía y nada nos dice! — añadió picado de Eperón.

— ¡Ira de Dios! ¿Quién me amará, si yo no me amo?

— Me injuriáis, señor.

— Si efectivamente abrigas ese celo, mi querido Lavalette, lo cual es una grande cualidad, eres perezoso, que es un gran defecto. Tu noticia hubiera sido muy buena ayer á las cuatro de la tarde, pero hoy...

— Pero hoy... ¿Qué?

— Debes convenir en que llega algo tarde.

— Creo, por el contrario, que llega muy á tiempo, señor, pues que no estáis todavía dispuesto á escucharme.

— Hace una hora que te estoy escuchando.

— ¡Y qué! Os veis amenazado, combatido, os preparan emboscadas, ¿y no os movéis?

— ¿Con qué objeto? ¿No me has puesto una guardia respetable? ¿No pretendías ayer que estaba asegurada mi inmortalidad? Arrugas el ceño. ¡Vaya! ¿Se han retirado ya á Gascuña tus Cuarenta y Cinco, ó no sirven para maldita la cosa? ¿Sucede con ellos lo que con los mulos? Ya sabes que cuando éstos se presentan en la feria son como centellas, pero una vez comprados reculan en vez de andar.

— V. M. sabrá pronto lo que dan de sí.

— No me disgustará la prueba. ¿Conque pronto, eh?

— Señor, antes tal vez que imagináis.

— Vamos, tú vas á amedrentarme.

— Lo veréis, lo veréis, señor. ¡Ah! Á propósito, ¿cuándo pensáis ir al campo?

— ¿Al bosque?

— Sí.

— El sábado.

— ¿Dentro de tres días?

— Precisamente.

— Basta, señor.

El señor de Epernón saludó al rey y se retiró.

Cuando llegó á la antecámara se acordó de que había olvidado relevar al caballero Pertinaz de su centinela, pero el caballero Pertinaz se había relevado á sí mismo.

XI.

Los dos amigos.

Ahora, si el lector lo lleva á bien, seguiremos á los dos jóvenes que el rey, encantado de tener sus secretos propios, enviaba por su parte al mensajero Chicot.

No bien montaron á caballo Ernautón y Sainte-Maline, cuando por el empeño de no dejarse tomar la delantera, estuvieron á punto de estrellarse uno contra otro al pasar el postigo.

En efecto, marchando á la par los dos caballos,

hicieron chocar fuertemente una contra otra las dos rodillas de ambos jinetes.

El rostro de Sainte-Maline se puso cárdeno, y el de Ernaudón se cubrió de palidez.

— Me lastimáis, caballero, — gritó el primero cuando pasaron la puerta. ¿Queréis despedazarme?

— También vos me lastimáis, — contestó Ernaudón, — y no me quejo.

— ¿Creo que queréis darme una lección?

— No quiero daros absolutamente nada.

— ¡Cómo, cómo! — dijo Sainte-Maline arriando más su caballo para poder hablar de más cerca á su compañero. — Repetidme esas palabras.

— ¿Para qué?

— Para que yo las comprenda bien.

— ¿Buscáis camorra, eh? — dijo flemáticamente Ernaudón. — Si así es, tanto peor para vos.

— ¿Y por qué os he de buscar camorra? ¿Os conozco por ventura? — replicó desdeñosamente Sainte-Maline.

— Me conocéis perfectamente, caballero, — dijo Ernaudón. — Primeramente, porque allá en nuestro país mi casa dista dos leguas de la vues-

tra, y mi antigua raza es allí conocida de todos; en segundo lugar, porque estáis dado á todos los diablos por haberme visto en París cuando creíais ser el único llamado; y en tercer lugar, porque me ha elegido el rey para ser el portador de la carta.

— ¡Y bien; sea así! — exclamó Sainte-Maline, pálido de furor. — Acepto como verdadero cuanto acabáis de decir, pero resulta de ahí una cosa...

— ¿Cuál?

— Que me hallo mal á vuestro lado.

— Retiraos, si queréis. ¡Pardiez! no tengo el menor empeño en que me sigáis.

— Aparentáis no comprender lo que digo.

— Al contrario, caballero, se me figura que os comprendo perfectamente. Querríais, por ejemplo, cogerme la carta para llevarla, ¿no es eso? Por desgracia necesitáis matarme para conseguirlo.

— ¿Y quién os ha dicho que no tengo ganas de hacerlo?

— Del dicho al hecho hay gran trecho.

— Bajad conmigo á orillas del río, y veremos si no falla el refrán.

— Señor mío, cuando el rey me encarga que lleve una carta...

— ¿Qué hacéis?

— La llevo.

— Yo os la arrancaré á la fuerza, por mucho que presumáis.

— Supongo que no me obligaréis á que os rompa la cabeza como á un perro rabioso...

— ¡ Vos á mí !

— Sin duda ; tengo aquí una pistola enorme, y vos no.

— ¡ Ah ! ya me las pagaréis, — dijo Sainte-Maline separando su caballo.

— Ya lo creo ; después que se concluya mi comisión.

— ¡ Voto á mil demonios !

— En cuanto al presente, moderaos, señor de Sainte-Maline, porque tenemos el honor de pertenecer al rey, y daríamos muy mala opinión de nosotros mismos si tratásemos de llamar la atención del pueblo. Pensad también que la discordia entre los defensores de S. M. sería un triunfo más para los enemigos del trono.

Sainte-Maline mordía sus guantes y hacía saltar su sangre bajo sus furibundos dientes.

— Vamos, vamos, — le dijo Ernaudón, — con-

servad esos puños para sostener bien la espada cuando llegue la ocasión.

— ¡ Ah ! voy á reventar de furor, — exclamó Sainte-Maline.

— En ese caso, — replicó Ernaudón, — me daréis hecho todo el trabajo.

Nadie es capaz de saber hasta qué extremo hubiera conducido á Sainte-Maline su rabia siempre en aumento ; pero al atravesar la calle de San Antonio por las inmediaciones de San Pablo, reparó Ernaudón en una litera, arrojó un grito de sorpresa y detuvo su caballo para mirar una dama medio tapada.

— ¡ Mi paje de ayer !!! — murmuró.

La dama no hizo ademán de haberle reconocido, y pasó sin pestañear, aunque ocultándose en el fondo de la litera.

— ¡ Ira de Dios ! — dijo Sainte-Maline, — creo que me forzáis á detenerme por el gusto de ver á una mujer.

— Os pido que me perdonéis, caballero, — contestó Ernaudón prosiguiendo su camino.

Desde aquel momento continuaron al trote largo,

pasando por la calle del arrabal de San Marcelo sin dirigirse la palabra, ni aun para disputar.

Sainte-Maline parecía exteriormente tranquilo, pero lo cierto era que todos los músculos de su cuerpo se estremecían de cólera.

Había reconocido por otra parte que, á pesar de ser buen jinete, no le sería fácil seguir en un caso dado á Ernautón, porque su caballo era muy inferior al de éste y sudaba á mares sin haber corrido, descubrimiento que, como puede presumirse, contribuía poderosamente á exaltar su bilis.

Esta circunstancia le hacía cavilar muchísimo, y para probar de un modo exacto lo que podía prometerse de su corcel; le hostigaba sin cesar con el látigo y la espuela.

Pero aquella insistencia en el castigo produjo un altercado entre su caballo y él, cuando ya se hallaban cercanos al Bievre; el alazán no se expresó en términos retóricos como lo había hecho Ernautón, sino que acordándose de su origen (era normando), entabló al jinete un pleito, y el jinete lo perdió.

Comenzó por espantarse, después se encabritó, dió en seguida un salto de carnero y arrancó á escape hasta el Bievre, en donde se desembarazó

de su jinete, rodando con él hasta el río, en el cual se separaron.

Se podían oír desde una legua las imprecaciones de Sainte-Maline, aunque medio ahogadas por el líquido elemento; cuando después de mil esfuerzos consiguió levantarse, los ojos parecían saltarle de sus órbitas, y algunas gotas de sangre que corrían de su desollada frente le surcaban el rostro.

Sainte-Maline dirigió miradas atónitas en torno suyo: el caballo había salido ya á la orilla, aunque no se veía más que la grupa, lo cual indicaba que debía tener la cabeza vuelta hacia el Louvre.

Molido, lleno de barro, calado hasta los huesos, cubierto de sangre y de contusiones, Sainte-Maline se convenció de que no podría apoderarse de su corcel, y que el pretenderlo sería una tentativa ridícula.

Entonces se acordó de las palabras que había dirigido á Ernautón. En efecto, supuesto que no había querido esperar un momento á su compañero en la calle de San Antonio, ¿cómo había de tener su compañero la atencíon de aguardarle una ó dos horas en medio del camino?

Esta reflexión convirtió su cólera en desespera-

ción violenta, y mucho más cuando notó desde el sitio en que se hallaba encajonado que Ernaudón, silencioso, picaba á su caballo oblicuando la marcha por otro camino, que sin duda tenía por más corto.

Los hombres verdaderamente irascibles revelan el punto culminante de su cólera por medio de una ráfaga de locura: algunos sólo llegan hasta el delirio; otros llegan hasta la postración total de sus fuerzas y de su inteligencia.

Sainte-Maline desenvainó maquinalmente el puñal, y por un instante concibió el designio de sepultarlo en su pecho hasta el mango. Nadie, ni aun él mismo, sería capaz de decir lo que sufrió en aquel corto espacio. Fué una crisis de aquellas que matan á un hombre, ó le hacen diez años más viejo.

Subió por fin por el declive del río ayudándose con manos y rodillas hasta que llegó al punto más alto; una vez allí, examinó el camino, pero nada se veía. Ernaudón había desaparecido por la derecha, sin duda avanzando á toda brida, y, en el fondo, había desaparecido su corcel.

En tanto que Sainte-Maline daba cabida en su imaginación exasperada á mil pensamientos sinies-

tros contra todo el mundo y contra sí mismo, resonó en sus oídos el galope de un caballo, y al mismo tiempo vió desembocar, por la parte de la derecha del camino que había seguido Ernaudón, á un caballero montado.

El caballero conducía otro alazán por la brida.

Era precisamente el resultado de la carrera del señor de Carmainges, quien se había dirigido hacia la derecha del río, porque no ignoraba que perseguir á un caballo por detrás es infundirle aliento para huir con la velocidad que comunica el miedo.

Había por consiguiente cortado el paso al cuadrúpedo normando por medio de un rodeo, esperándole en una estrecha callejuela.

Al reparar en él se llenó de contento el corazón de Sainte-Maline, y experimentó al mismo tiempo un movimiento de efusión y de gratitud que prestó nuevo brillo á sus miradas; mas no tardó en obscurarse su semblante, porque acababa de reconocer la superioridad que Ernaudón tenía sobre él, que se creía incapaz de haber obrado del mismo modo en iguales circunstancias.

La nobleza de su honroso proceder le anonadaba, y cuanto más pensaba en ella más tormentos sufría.

Murmuró sin embargo algunas frases en acción de gracias, en las que no hizo alto Ernauton, empuñó las riendas con ira, y, á pesar de los dolores que le atormentaban, se plantó en la silla.

Ernautón, siempre silencioso, tomó la delantera al paso acariciando á su caballo.

Ya hemos dicho que Sainte-Maline era un buen jinete; por lo tanto, el accidente de que había sido víctima sólo podía considerarse como una sorpresa: así que, después de otra pequeña lucha, en la cual estuvo de su parte la ventaja, dominó por fin á su corcel y le hizo tomar el trote.

— Os doy las gracias, caballero, — dijo por segunda vez á Ernautón después de haber consultado cien veces con su orgullo y con la decencia social.

Ernautón se contentó con inclinarse hacia él llevando la mano al ala de su sombrero.

El camino pareció bastante largo á Sainte-Maline.

Como á las dos y media de la tarde, alcanzaron á un hombre que caminaba acompañado por un perro; era de alta estatura y pendía de su cintura una

larga espada: no era Chicot, aunque tenía brazos y piernas como las suyas.

Sainte-Maline, aunque todavía cubierto de fango, no pudo contenerse, y al ver que Ernautón pasaba de largo sin hacer caso de aquel hombre, concibió la idea de que su compañero se viese en descubierto por su falta de precaución; así pues se acercó al caminante, preguntándole:

— ¿Esperáis alguna cosa?

El viajero miró á Sainte-Maline, cuyo aspecto á la sazón, á decir verdad, nada tenía de agradable. Aquel rostro descompuesto por la reciente cólera, aquel barro aun no seco de su traje, aquella sangre reciente de su frente y mejillas, aquellas cejas negras y fruncidas, aquella mano calenturienta extendida hacia él, y el gesto de amenaza que la acompañaba, todo pareció de muy mal agüero al caminante.

— Si espero algo, — contestó, — al menos á nadie aguardo, y si efectivamente aguardo á alguno, de seguro que no os aguardo á vos.

— Sois muy poco urbano, señor mío, — repuso Sainte-Maline, contento al fin porque se le presentaba una ocasión de desfogar su cólera, y furioso

también porque, en el hecho de equivocarse, acababa de proporcionar un nuevo triunfo á su adversario.

Al mismo tiempo levantó la mano armada del látigo para sacudir al viajero, pero éste puso en juego el palo que llevaba y asestó un golpe en la espalda á Sainte-Maline: acto continuo silbó á su perro, que se avanzó á los corvejones del caballo y al muslo del caballero, arrancando al primero una tajada y al segundo un jirón de los calzones.

Irritado el caballo por el dolor, partió á escape como si llevase en el cuerpo una legión de demonios, sin que pudiese contenerlo Sainte-Maline, quien á pesar de todo no perdió los estribos.

Pasó, pues, como una flecha disparada por el lado de Ernautón, quien le vió pasar sin sonreírse de su percance.

Por fin, cuando logró detener al normando, cuando notó que el señor de Carmainges se le reunía, su orgullo empezó, no precisamente á disminuir, sino á entrar en composición.

— ¡Vamos, vamos! — exclamó procurando sonreírse; — ya veo que este es mal día para mí, según parece. Y con todo, el caminante que queda atrás

se parece bastante al retrato que nos ha hecho S. M. del hombre á quien buscamos.

Ernautón guardó silencio.

— Os estoy hablando, caballero, — añadió Sainte-Maline, exasperado por aquella sangre fría, que con razón consideraba como una prueba de desprecio, y que se empeñaba en hacer cesar por cualquiera ruptura definitiva, aun cuando le costase la vida. — Os hablo, repito. ¿No me escucháis?

— El hombre designado por S. M., — respondió Ernautón, — no lleva palo ni perro.

— Es verdad, y á haber reparado yo en ello, tendría ahora una contusión menos en la espalda y dos mordiscos menos en el muslo: ya veo que es muy bueno mostrarse prudente y tranquilo.

Ernautón no le contestó; pero, alzándose sobre los estribos y poniendo la mano abierta encima de los ojos, en forma de pantalla, exclamó:

— Allá abajo está aguardándonos el hombre que buscamos.

— ¡Con mil diablos! — murmuró Sainte-Maline incomodado por la nueva ventaja de su compañero; — tenéis excelente vista: yo sólo distinguo un punto negro, y aun eso con poca claridad.

Ernautón, sin responder, continuó avanzando, y no tardó Sainte-Maline en ver y reconocer al hombre que el rey les había señalado. Dominado por su envidia, picó su caballo para llegar el primero.

Ernautón esperaba aquel movimiento y le miró sin disgusto y sin intención aparente: aquella mirada contuvo á Sainte-Maline, que puso su caballo al paso.

XII.

Sainte-Maline.

Ernautón no se había equivocado, pues aquel hombre era Chicot en persona.

Este, por su parte, tenía buena vista y buen oído, y había visto y oído á los jinetes de muy lejos, y los aguardaba imaginándose que iban en busca suya.

Cuando ya no le cupo duda sobre esto, cuando vió que los dos jinetes se dirigían verdaderamente hacia él, llevó sin afectación la mano al pomo de su larga espada, á fin de tomar una actitud noble.